

cristo, hemos de andar nosotros que somos sus miembros místicos, pues nunca se ha visto que vaya por un camino la cabeza de un hombre y por otro sus piés y manos. De este modo por la pobreza temporal hallará el alma una riqueza eterna; por el desprecio y la ignominia un sumo honor y grandeza de gloria; y por una corta y momentánea penitencia, pues la vida del hombre se puede llamar un momento, hecha con pena y dolor, poseerá con gran dulzura y consolacion no menos que el sumo bien. Es bien justo que el alma sirva á Dios por ser quien es; porque es digno de ser infinitamente amado y servido por toda criatura con gran reverencia, á causa de su infinita y altísima bondad. Á él sea dado el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Así sea.

Sea, pues, dada gloria al omnipotente Dios por habernos sacado de la nada, dándonos el ser que tenemos y formándonos á su semejanza.

Sea dado el honor, la virtud y la gloria á este misericordiosísimo Señor, porque de miserables cautivos, desterrados y condenados, que éramos, ha querido redimirnos y exal-

tarnos por medio del dolor, del desprecio, de la pobreza y de la pasion de su santísimo Hijo. Sea además la gloria al benignísimo y misericordiosísimo Dios, en quien tanto ha prevalecido la bondad y misericordia, que ha querido hacernos participantes de su reino, dándonos á cada uno los medios de llegar á él. Allí gozaremos de su compañía y de su mismo gozo, si aquí queremos participar de la tribulacion, del dolor, del desprecio y de la pobreza, que fueron las compañías queridas de su Hijo.

Si para gozar del reino celestial fuera preciso lograr la posesion del oro, plata, piedras preciosas y demás riquezas; ó bien si se lograra por el valor, el talento ó la fuerza, no siendo todos iguales, ni teniendo todas estas cosas, no podría ser de todos el reino de los cielos. Mas se ha dignado poner por precio á su gloria unas cosas, que todos pueden fácilmente conseguir en todo tiempo y en abundancia. En efecto no hay nadie, que si quiere, no pueda ser pobre por Cristo; que no pueda trabajar, ó llevar á lo menos con resignacion y humildad la penitencia y el desprecio. Y como la vida humana está rodeada

de todos estos males, debe por amor de Dios tolerarlos con paciencia y de buen grado cuando le sobrevienen, para entrar en su reino.

Bendito sea aun mas y mas este Dios bendito, que no prescribe muchos y largos sufrimientos de tales cosas, como precio de su reino, sino solo la brevísima duracion de esta vida, que en realidad no es mas que un instante comparada con la eternidad de aquel.

Á la verdad, si por el amor de Dios y de su reino fuese necesario sufrir las cosas mas ásperas, mas duras y mas penosas por el espacio de millares de siglos, deberíamos aceptarlas con gran deseo, á manos juntas, y aun con inmenso júbilo y accion de gracias: y ¿cuánto mas ahora que nos es concedido y otorgado esto por nuestro misericordiosísimo Dios, con la sola condicion de sufrirlas durante el curso de nuestra vida, que no es nada, como acabamos de decir, comparada con la duracion del reino de los cielos, que no tendrá fin?

Bendito sea además el gloriosísimo Dios, que mostrándose á nosotros visiblemente, y viviendo con nosotros, quiso prometernos de

palabra la posesion y cambio de este su reino, estableciéndolo firmemente y confirmando con su ejemplo. No, no cabe ya mas lugar de dudar que podamos y debamos obtener su reino por medio de los trabajos, aflicciones y penitencias de esta corta vida, despues que nos consta que así él lo ha prometido; y lo que es mas aun, despues que él lo confirmó con su ejemplo, queriendo sobrellevar las tribulaciones, y no entrando en posesion de su reino sino despues de haber sufrido un sumo dolor, suma pobreza y sumo desprecio.

Venid, pues, venid, ¡hijos de Dios! corred á la cruz de Cristo, al dolor, á la pobreza, al desprecio, y transformaos con todas vuestras fuerzas en este Dios-Hombre atormentado, que nos amó hasta el punto de sufrir por nosotros las amargas de una muerte tan dolorosa, de tanta ignominia y tan inexplicable, solo por redimirnos y darnos el ejemplo de sufrir por su amor cuanto hay de acerbo.

La perfeccion y el distintivo de los verdaderos hijos de Dios, es el amar á Dios y al prójimo; y así como este Hombre-Dios crucificado nos amó fiel y purísimamente, sin

tener de sí propio piedad alguna, antes abandonándose todo al dolor por amor nuestro: así quiere tambien absolutamente que le correspondan del mismo modo sus hijos legítimos, en cuanto de ellos dependa, y en todas ocasiones.

Por lo que sabed, ¡oh hijos de Dios! que este Hombre-Dios me está continuamente diciendo que os advierta y os exhorte á serle fieles, porque él es fidelísimo; y á uniros al prójimo, asociándoos con él por un decidido y fiel amor. Porque el que es fiel con Dios, lo es tambien con su prójimo: y este Hombre-Dios crucificado nos mostró claramente con su doctrina y su muerte en cuánto grado, y en cuántos modos fiel y purísimamente nos amó.

En vista de todo lo dicho, ¿serémos todavía infieles á Dios, no pensando seriamente y de continuo en su abyeccion, en su pobrísimos nacimiento, en su fatigosa predicacion, en su dulcísima y verdadera doctrina, ni en su dolorosa muerte, sufrida por nosotros? ¿Por qué nuestro corazon ha de apartar su vista de estas referidas saludables cosas, sin que su humilde ignominiosa muerte nos ha-

ga morir al mundo y al pecado? ¿Qué hombre, pues, habrá que se atreva á corresponder con poca fidelidad á esta leal y divina fidelidad? Venid, pues, ¡oh hijos míos benditos! mirad esta cruz, y á Cristo muerto en ella por nuestras iniquidades, y llorad conmigo, porque nosotros fuimos y somos la causa de tanto dolor con nuestros innumerables delitos. Vosotros tambien los que no habeis ofendido á Dios tanto como yo, que no soy mas que miseria y pecado, no lloreis menos ni compunjaís menos vuestro corazon de dolor, á causa de no haber resistido al pecado, aunque la gracia de Dios os haya conservado la vida, y os haya perdonado por los méritos de la cruz de Jesucristo. Y vosotros, inocentes y santos, diferentes de mí, que soy una pecadora, y cuantos sois semejantes á mí, no tengais menos motivos de doleros. Porque, cuanto mayor es la gracia que recibisteis, tanto mas deudores sois á Jesús, que os la mereció. Es cierto que no le fuís agradecidos cuanto debíais, porque manchásteis alguna vez vuestra vida, y quizá perdísteis vuestra pureza. Por lo tanto á todos conviene dolerse, todos deben lamentar-

se y levantar los ojos de su espíritu hácia la cruz. Al aspecto de esta cruz, que el alma no alcanza á ver y conocer bien sino mediante la continua oracion, se obtiene el pleno conocimiento del pecado, el dolor y contricion de él, y una luz de profunda humildad. Al aspecto de esta cruz, revolviendo el alma todos y cada uno de sus pecados, y pensando en Jesucristo dolorido y afligido por todos y cada uno de ellos, se compunge, se duele, y es impulsada por la pena que le causa á castigarse y á reformarse á sí misma, y á cada uno de sus miembros y sentidos.

Mirad tambien, ¡oh hijos benditos de Dios! y contemplad el ejemplar de la vida de este Hombre-Dios dolorido; y tomad de él el modelo de la divina perfeccion. Contemplad el LIBRO DE LA VIDA, esto es, la vida y la muerte de este Hombre-Dios dolorido y crucificado. El aspecto de su pasion y cruz infunde en el alma un profundo conocimiento de la culpa, é inspira una verdadera contricion con una profundísima humildad. Ve tambien allí el alma y conoce la mullitud de sus pecados, y como ofendió á Dios con todos sus miembros. Ve tambien venir sobre sí la inefable

difusion de la divina piedad; esto es, conoce cuántas y cuán crueles penas sufrió este Hombre-Dios en cada uno de los miembros de su bendito cuerpo por los pecados de cada uno de nuestros miembros. Y así considera el alma en esta cruz cuánto y cómo ha ofendido á Dios en su cabeza peinándola, aliñándola, ungiéndola y haciendo tantos otros actos de vanidad por agradar al hombre contra Dios; y despues comprende como este Dios y hombre hizo penitencia por estos pecados en su sagrada cabeza, por la grave pena que sufrió en ella cuando le arrancaron sus cabellos; cuando fue taladrada por las espinas de su corona, herida con la caña y quedó teñida toda de su preciosísima sangre.

Lo mismo piensa el alma de los otros miembros, como llevo dicho, por el aspecto de la cruz; en cuyo acto el Hombre-Dios, entrando como en coloquio con el alma, y como arguyendo con ella, la hace pasar revista por todos sus miembros, y no solo considera la mullitud de los pecados, pertenecientes á cada miembro, sino tambien su gravedad. Porque la infinita gravedad de cada pecado se descubre manifestamente cuando el alma, mi-

rando la cruz, advierte y conoce que aquella culpa no podía satisfacerse, ni la pena y ofensa perdonarse de otra manera que por tal y tanta penitencia como el mismo Dios hecho hombre se dignó hacer por ella; lo que es incomprendible al entendimiento humano.

En este LIBRO DE LA VIDA ve el alma mas claramente que en otro alguno la divina justicia, y la razon por que es imposible que el pecado quede sin castigo: y ve que el eterno Padre quiso que su Hijo sufriese la pena de muerte y los tormentos de la cruz, á fin de que los pecados del género humano fuesen de este modo perdonados: ve asimismo en este Libro la infinita bondad y misericordia de Dios, como fue movida de piedad hácia nosotros, queriendo él mismo satisfacer por nuestros pecados, mas bien que abandonarnos al desprecio, al dolor y á la condenacion eterna. Allí descubre tambien la infinita voluntad de Dios, y su infinita solicitud y cuidado en salvarnos y conducirnos á nuestra verdadera patria, sin omitir nada por hacer, hasta morir en cruz, por colocarnos en el goce eterno de su beatísima compañía.

Ve tambien el alma la infinita sabiduría

con que Dios, de una manera inefable y superior al alcance de toda criatura, supo ejecutar la obra de nuestra Redencion, en la que desplegó toda su infinita misericordia, sin faltar en lo mas mínimo, antes cumpliendo exactamente las exigencias de su justicia: como supo salvarnos y exaltarnos con su muerte sin padecer ningun detrimento en su naturaleza divina; venciendo y obrando nuestra salvacion en el santo árbol de la cruz, como el seductor y homicida del género humano nos habia perdido por medio del árbol prohibido. Y en todo esto obró de tal manera, que mientras parecia morir entonces reanimaba todas las cosas, y destruia la muerte de todos; y por medio de sus tormentos, dolores é ignominias preparaba las delicias, la alegría y el gozo al género humano, y le facilitaba la eterna gloria: logrando igualmente por la ignominia de su cruz, que parecia á los hombres la mayor de las locuras, confundir á toda la sabiduría del mundo, y haciendo resplandecer con tal locura la divina sabiduría. Todas estas y otras muchas cosas, que son inefables, se manifiestan en la cruz

al que atentamente, y con la ayuda de la divina gracia, la considera.

Ve además el alma en este LIBRO DE VIDA la mansedumbre de Dios, por la que, mientras padecía hasta morir, no maldijo ni se vengó; antes bien en medio de las injurias que se estaban cometiendo contra su persona, alcanzó para aquellos mismos que le crucificaban el perdón y la gloria del paraíso. Ve igualmente la infinita humildad de un Dios, que siendo el Rey de la gloria le hizo tolerar una muerte tan afrentosa como la de cruz. Ve por fin, como el tormento de la cruz fue á un tiempo para el hombre la libertad y redención del infierno, la conquista del paraíso, y su reconciliación con Dios; siendo al mismo tiempo nuestro ejemplo y enseñanza de la virtud, nuestra fortaleza contra los enemigos, y el precio de nuestra dicha sempiterna, á la que por ella podemos llegar, aunque miserables, y sin ella no nos queda posible ningún otro camino.

Infinitas, pues, son las cosas que podemos leer en este bendito Libro, verdadero LIBRO DE LA VIDA y de la verdad inefable,

Nuestro Señor Jesucristo, Hijo bendito de Dios omnipotente á quien sea dado el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

FIN.

Barcelona 31 de julio de 1852.

Reimprimase. — DR. EZENARRO, *Vicario General*.